

VLADÍMIR SOLOVIOV

LA TRANSFIGURACIÓN DE LA BELLEZA

Escritos de estética

Edición preparada por
MIRIAM FERNÁNDEZ CALZADA

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2021

The publication was effected under the auspices of the Mikhail Prokhorov
Foundation TRANSCRIPT Programme to Support Translations of Russian Literature



transcript

Tradujo Miriam Fernández Calzada de los textos originales en ruso

© Ediciones Sigueme S.A.U., Salamanca 2021
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2083-3
Depósito legal: S. 77-2021
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Presentación. La belleza y el arte en el pensamiento de Vladimir Soloviov</i> , de Miriam Fernández Calzada ...	9
--	---

LA TRANSGURACIÓN DE LA BELLEZA

1. Tres discursos en memoria de Dostoievski	21
Prefacio	23
Primer discurso	25
Segundo discurso	37
Tercer discurso	44
2. El primer paso hacia una estética positiva	59
3. La belleza en la naturaleza	71
4. El sentido general del arte	119
5. Sobre la poesía lírica	139
6. La poesía de F. I. Tiútchev	171
7. La poesía del conde A. K. Tolstói	193
8. El destino de Pushkin	223
9. El significado de la poesía en los versos de Pushkin	257
10. Lérmontov	319
11. La idea del superhombre	343
<i>Índice de ensayos, novelas y poesías</i>	357
<i>Índice de nombres</i>	361

PRESENTACIÓN

LA BELLEZA Y EL ARTE EN EL PENSAMIENTO
DE VLADÍMIR SOLOVIOV

MIRIAM FERNÁNDEZ CALZADA

Nikolai Berdiáev dijo en cierta ocasión que la filosofía de cualquier país se enorgullecería de tener entre sus representantes a Vladímir Soloviov (1853-1900)¹. No obstante, el sistema filosófico de Soloviov, uno de los más reconocidos en el ámbito de la filosofía rusa, quedó inconcluso, ya que se encontraba en proceso de reestructuración cuando lo interrumpió su inesperada y prematura muerte a los 47 años de edad. Este carácter inacabado no afecta por igual a todas las áreas de su pensamiento, pero sí lo hace, y especialmente, a su estética. Y ello no porque Soloviov no otorgase a la belleza y al arte un lugar privilegiado en su filosofía. Debido a diferentes circunstancias, tanto de naturaleza teórica como biográfica, Soloviov fue posponiendo la reelaboración y articulación de estos temas en una única obra. Lo que nos queda son una serie de artículos y ensayos breves, además de algunas indicaciones generales en obras programáticas de juventud como *Los principios filosóficos del conocimiento integral* (1877) o *Crítica de los principios abstractos* (1880). Con todo, ese carácter fragmentario no ha impedido que sus ideas sobre el arte y la belleza sean, por la influencia que ejercieron, imprescindibles para comprender alguno de los fenómenos artísticos y culturales del llamado Siglo de Plata en Rusia, entendiendo este movimiento en sentido amplio, sin reducirlo a mero fenómeno literario, sino contem-

1. N. Berdiáev, *Filosofskaia istina i intelligentskaia pravda* (1909), en *Veji. Intelligentsia v Rosii*, Grifon, Moscú 2007, 38.

plándolo como un conjunto de movimientos innovadores en las esferas artística y filosófica que se desarrollan a finales del siglo XIX y principios del XX.

Como no puede ser de otra forma, la estética de Soloviov forma parte de su cosmovisión y no se entiende al margen de ella. Al igual que otros muchos representantes del pensamiento religioso-filosófico ruso, Soloviov busca una alternativa a una civilización occidental que considera en crisis. Esta alternativa pretende devolver al cristianismo su fuerza originaria, una fuerza que, según él, se ha ido desluciendo e incluso distorsionando en el curso del proceso histórico. El fin que dinamiza todo el pensamiento de Soloviov es un fin religioso y transfigurativo. Como afirma en la introducción de *Historia y futuro de la teocracia*, su objetivo no es crear un sistema filosófico original, sino «justificar la fe de sus padres». Puesto que el desarrollo histórico del cristianismo no es el que se corresponde con su verdadero sentido, lo que propone es una alternativa que haga del cristianismo lo que debe ser: una potencia real, capaz de transfigurar y espiritualizar toda la realidad, de liberar al mundo material del efecto destructivo del tiempo.

La filosofía de Soloviov es una filosofía idealista, pero un idealismo especial, configurado por dos claras influencias: de un lado, la tradición platónica y neoplatónica; del otro, la peculiar forma que tiene Soloviov de entender el cristianismo. Puede que el rasgo distintivo de este idealismo sea su consideración del elemento material, previa transformación, como algo necesario para la realización plena del espíritu. En «La tarea histórica de la filosofía», la lección inaugural que pronunció en 1880, cuando comenzó su labor docente en la Universidad de San Petersburgo, Soloviov afirma:

En el cristianismo, el cosmos ideal de Platón se transforma en el Reino de Dios, vivo y activo, un reino que no es indiferente al ser material, a la realidad fáctica de este mundo, sino que aspira a unir dicha realidad con su verdad, a convertirla en envoltura y portadora del ser absoluto divino. [...] El ser verda-

dero no solo se contempla con la razón, sino que ese mismo ser actúa; no solo ilumina al ser humano natural, sino que nace en él, convirtiéndolo en un nuevo ser humano espiritual. Esta realización de la verdad que internamente se completa de modo perfecto en la persona de Cristo [...] solo puede tener lugar en el resto de la humanidad y del mundo, como un proceso histórico colectivo, largo, complejo y, a veces, doloroso².

El fin que persigue la estética de Soloviov coincide con el de su escatología. En la estética, Soloviov encuentra respuesta a una cuestión medular en su pensamiento: el destino y significado de la materia, una materia que entiende como receptáculo *potencial* de la divinidad. De este interés por el mundo material emana también la centralidad del problema de la intervención humana en el mundo. El ser humano está llamado a transformarse en el puente que permita la unión entre espíritu y materia. La «divinohumanidad», como idea central de su comprensión del cristianismo, presupone la fe en Dios, pero también en el ser humano y en su acción libre:

El principio del verdadero cristianismo es la *divinohumanidad*, esto es, la unión e interacción interna de la divinidad con el ser humano, el nacimiento interno de la divinidad en el ser humano; para ello, el ser humano debe asimilar el contenido divino *por sí mismo*, consciente y libremente, y para ello, es evidente que es necesario un desarrollo pleno de su fuerza, un desarrollo del ser humano como un ser libre racional [...].

El ser humano no es solo un ser racional-libre, es también un ser sensible y material. Este principio material en el ser humano, que lo une al resto del mundo material, es un principio que el budismo trata de exterminar, del que el platonismo trata de huir como de una cárcel o una tumba para el alma, este principio material tiene parte legítima en la vida del ser humano y del universo, como fundamento real para la realización de la verdad divina, para la encarnación de la verdad, para la encarnación del espíritu divino. El cristianismo otorga un significa-

2. V. Soloviov, «Istoricheskoe delo filosofii», en *Sobranie sochinenii Vladimira Sergeievicha Soloviova* II, Prosheschenie, San Petersburgo 1911-1914, 382.

do incondicional y eterno al ser humano no solo como un ser espiritual, también como un ser material; el cristianismo afirma la resurrección y la vida eterna del cuerpo [...] El fin del proceso histórico para el cristianismo no es la aniquilación, sino la resurrección y el restablecimiento del mundo material como medio material de manifestación del Reino de Dios³.

Ahora bien, la expresión «divinohumanidad» no debe entenderse como si *divino* y *humano* fueran términos conmensurables o complementarios. Para Soloviov, la humanidad y Dios no son las dos mitades de un todo, la humanidad nunca se unirá a Dios en términos de igualdad, sino que es Dios el que desciende hasta la condición humana para salvarla. El ser humano puede estar inmerso en lo divino o, más bien, hacerse digno de estarlo, pero no a la inversa. Se puede hablar de la humanidad o divinidad de Dios, pero no de la divinidad del hombre. Esto último es un peligro que el pensamiento religioso ruso entiende como una perversión de la humanidad de Dios, la «humanodivinidad» (*chelovekobozhie*), cuya imagen encontramos en algunos personajes de Dostoievski, como el Kirilov de *Los endemoniados*, o en el discurso del demonio de Iván en *Los hermanos Karamázov*.

El sentido de la acción humana consiste en que a través de ella el contenido dado por Dios se convierta en realidad en este mundo. Dios –o también, en terminología de Soloviov, la omniunidad– es el contenido, la *idea* o el ideal que debe adquirir forma real, es decir, encarnarse en este mundo. Por este motivo, afirma Soloviov en *La justificación del bien*, es necesario «justificar el bien», ya que el ideal de bondad y perfección que constituye el contenido de Dios aún no es el bien definitivo porque aún no es real en nuestro mundo. Solo la realización histórica de ese ideal permitirá decir que el bien está *justificado*, que el mundo ha sido transformado de acuerdo con sus leyes. «Dios quiere al hombre no como instrumento pasivo de Su voluntad –de esos instrumentos ya hay

3. *Ibid.*, 386.

muchos en el mundo físico—, sino como aliado y copartícipe voluntario de Su tarea universal»⁴.

Aquello que Soloviov afirma sobre el bien, puede decirse de la verdad y de la belleza, pues la belleza no puede pensarse al margen ni del bien y ni de la verdad. La filosofía de Soloviov busca expresar una verdad que no solo sea racional o metafísicamente válida, también materialmente palpable, una verdad que encuentra su última defensa en su encarnación en este mundo. Bien, verdad y belleza son manifestaciones diferentes de lo uno y lo mismo, proyecciones dinámicas de lo divino que deben actuar en el mundo, re-crearlo gracias a la acción libre del ser humano. La síntesis final buscada únicamente puede realizarse por aproximación progresiva desde todas las esferas de acción humana. Como sostiene en su obra *Crítica de los principios abstractos*, en un fragmento que deja entrever la importancia que Soloviov concede al arte:

Si en la esfera moral (para la voluntad) la omniunidad es el bien absoluto y si en la esfera del conocimiento (para la razón) es la verdad absoluta, la realización de la omniunidad en la realidad externa, su encarnación o consecución en la esfera sensible, del ser material, es la belleza absoluta. Esta realización de la omniunidad no está aún dada en nuestra realidad, ni en el mundo humano ni en el natural, sino que tendrá lugar en ella, y por medio de nosotros mismos. En dicha realización consiste la principal tarea de la humanidad, y en su cumplimiento consiste el arte⁵.

Obviamente, ese arte del que habla Soloviov no es el del presente. Si hablamos del arte que conocemos y desde otra perspectiva, la importancia que Soloviov le otorga tampoco resulta extraña, máxime si se tiene en cuenta que, junto a sus obras filosófico-religiosas, nuestro autor escribió poesía durante toda su vida, una poesía a la que, por cierto, él mismo con-

4. V. Soloviov, *Opravdanie Dobrá*, en *Sochinieniia v 2 tomov*, Mysl', Moscú 1990, II, 258 (versión cast.: *La justificación del bien*, Sígueme, Salamanca 2012).

5. Id., *Kritika otvlechiannyj nachal*, en *Sobraniiie sochinennii Vladimira Sergeievicha Soloviova I*, 745.

cedía y reclamaba muy poco mérito artístico. No obstante, este aspecto le hizo también sensible a todo aquello relacionado con el proceso de creación artística y puede explicar, en parte, la importancia que concede en su pensamiento a la intuición y a la inspiración, como elementos de conocimiento al margen, o en los márgenes, de la razón, aunque esta última cuestión pueda estar también relacionada con las visiones que sobre el pensador ruso experimentó a lo largo de su vida.

La estética de Soloviov, filósofo, poeta, visionario y místico, es hija de su tiempo. Con un marcado acento neoplatónico, representa uno de los últimos desarrollos de una estética de corte tradicional erigida sobre la categoría de lo bello. De todos modos, aunque Soloviov reconoce que es un gran logro el desarrollo autónomo de la estética por parte de Kant, considera que la famosa definición de la belleza como «finalidad sin fin» es solo una definición negativa e insuficiente. La belleza no puede ser solo una finalidad sin fin, ni tampoco una mera apariencia, sino algo inherente a la propia vida, objetiva e independiente del sujeto que la percibe. Si no sirve a ningún fin, es porque ella misma es su propio contenido positivo, aquello que Soloviov define a veces como «corporalidad espiritual». La belleza es el fin al que aspira y tiende el universo. No es un mero objeto de contemplación, es una fuerza creadora y vital, capaz de actuar sobre el mundo y transformarlo.

El artista debe continuar la tarea iniciada en la naturaleza y contribuir a la realización del plan divino. Esta unión de la creación artística con los fines más elevados de la vida humana supone para Soloviov revitalizar y restablecer los vínculos entre arte y religión, algo que debe entenderse no como una vuelta a formas de religiosidad tradicionales, sino a esa nueva comprensión del cristianismo que Soloviov propone.

Soloviov pensaba que el arte europeo había agotado su desarrollo y que, si el arte tenía algún futuro, su campo de acción debería renovarse. Aunque esta renovación no dependería solo del arte, sino de la marcha general de proceso histórico, pues el objetivo final de este arte consiste en transformar la propia vida

según leyes estéticas en las que el artista es co-creador de su obra en unión con la energía divina. El reto que Soloviov lanzó al arte fascinó a algunos artistas simbolistas, pero también sentó las bases de la estética religioso-filosófica que se desarrollará después, siguiendo parcialmente su estela o, también, en contraposición a ella. Esta estética recupera e integra, a su vez, ciertos elementos de la tradición cristiano-ortodoxa rusa que se remontan a la patrística, en concreto a Basilio el Grande, Gregorio de Nisa, Gregorio Nacienceno o al Pseudo-Dionisio. Dios es la fuente de toda belleza, todo el universo, material y espiritual, es un sistema de imágenes, símbolos y signos que apuntan y conducen a Él. Hay temas, centrales para la estética bizantina, como la concepción de la belleza, la estética de la luz asociada a ella, la teoría del símbolo, de los iconos como representaciones arquetípicas capaces de despertar el alma y dirigirla hacia aquello que se encuentra más allá de la representación, etc., que se incorporarán al discurso estético de Soloviov y de otros representantes de la filosofía religiosa rusa.

En definitiva, el estadio final de la creación es una espléndida obra de arte, algo que, parcialmente, son capaces de entrever y plasmar, aquí y ahora, los verdaderos artistas. La humanidad está llamada a convertirse en partícipe activo del plan de creación divino, y esto exigiría para Soloviov buscar el modo de desplegar el potencial creativo humano, así como de potenciar lo intuitivo y lo irracional de la conciencia. La verdadera naturaleza del ser humano es la de un ser creador, cuya capacidad creativa se encuentra bloqueada por capas de diferente naturaleza que la historia ha ido depositando en él.

Soloviov trata de aplicar el potencial religioso del cristianismo en un nuevo paradigma espiritual. Por eso se esfuerza en diseñar una utopía religioso-filosófica que sea capaz de unir la escatología cristiana con la idea de la evolución natural, la historia de la humanidad y la de la naturaleza. La fuerza que transforme la sociedad y el mundo debe surgir de la razón y del corazón del ser humano como un todo. La primera tarea consiste en una transformación interior personal, que pasa por vencer

la tentación de la voluntad egoísta y el triunfo del principio material. El modelo es Cristo, el Dios-hombre, y el objetivo una ruptura con la acomodación a este mundo material caído para hacerlo bello, para recuperar el entusiasmo y el amor que trajo Cristo a los primeros cristianos. El motor de la historia no es otro que el anhelo de perfección que puso Dios en el hombre desde el comienzo.

NUESTRA SELECCIÓN DE TEXTOS

Durante la última década del siglo XIX, Soloviov se concentró en reformular y organizar su sistema filosófico. Así, el resultado de la revisión de su teoría ética es la extensa obra *La justificación del bien* (1897). Al mismo tiempo inicia la exposición de su metafísica y teoría del conocimiento en la inacabada *Filosofía teórica* (1897-1899). En algunas cartas de estos últimos años de su vida, Soloviov apunta su intención de editar una obra sobre estética y afirma tener escrita una gran parte. El manuscrito no se encontró nunca. Cabe suponer que, en realidad, no estaba redactado, y que Soloviov pensaba estructurar en una única obra el contenido desarrollado en los ensayos breves y artículos sobre este tema escritos a lo largo de su vida.

De 1873 son los primeros artículos publicados por Soloviov, cuando apenas contaba 19 años; su última obra, *Tres conversaciones sobre la guerra, el progreso y el fin de la historia universal con la inclusión de un breve relato sobre el anticristo*, corresponde al periodo entre 1899 y 1900⁶. Estas casi tres décadas pueden dividirse en tres etapas.

A finales de la década de 1870, un joven Soloviov, al que se auguraba una brillante carrera académica, establece los fundamentos de su sistema filosófico-religioso en obras como *Los principios filosóficos del conocimiento integral* (1877) y *Criti-*

6. Existen numerosas biografías de Soloviov. Cabe destacar, como obra clásica basada en un testimonio personal, la escrita por su sobrino: C. M. Soloviov, *Zhizn' i tvorcheskaia evoliutsia Vladimira Soloviova*, Zhizn' c Bogom, Bruxelles 1977.

ca de los principios abstractos (1880). Esta última obra era la tesis doctoral que defendió para su habilitación como profesor titular en la Universidad de San Petersburgo, y constituye una de las expresiones más plenas de su sistema filosófico. Su plan original constaba de tres partes: teoría del conocimiento, ética y estética. La primera parte corresponde a una nueva formulación de lo que ya expuso en *Los principios filosóficos del conocimiento integral*; la parte ética ocupa casi la totalidad de la obra, mientras que la estética está meramente indicada, porque —como indica en el prólogo— la estética, al estar relacionada con los principios de la creación humana, requiere una obra aparte que Soloviov nunca escribió, tal vez por el cambio de rumbo de su vida y por sus intereses teóricos de aquel momento.

Tras la exitosa defensa de su tesis, Soloviov, que ya era una celebridad desde la lectura en 1878 de otra de sus obras fundamentales, las *Conferencias sobre la Divinohumanidad*, comenzó a impartir clases en la Universidad de San Petersburgo en 1880. Cuando en 1881 el zar Alejandro II fue asesinado, Soloviov pronunció un discurso que puso fin a su recién iniciada carrera académica. Instaba al nuevo zar a perdonar la vida de los asesinos, ya que Rusia, como nación cristiana, y el zar, como su máxima autoridad, debían dar ejemplo y sustituir el principio pagano de la venganza por el principio cristiano de la compasión. Aquella alocución supuso un escándalo y como consecuencia se le prohibió temporalmente seguir dando clases. Tras volver a la docencia y ante la presión en la que se veía obligado a trabajar, solicitó el cese voluntario de su cargo como profesor. Liberado de sus obligaciones académicas —nunca más volvió a impartir clases—, se concentró a lo largo de esta década en lo que consideró su tarea más importante y a la que dijo haber dedicado «los mejores años de su vida»: el intento de reunificar las Iglesias católica y ortodoxa. Los *Tres discursos en memoria de Dostoievski*, traducidos para la presente edición, escritos y pronunciados entre 1881 y 1883, pueden considerarse la frontera que separa ambos períodos en la vida de Soloviov.

Tras una serie de viajes a Europa occidental, de contactos con diferentes representantes de la Iglesia católica, de obras monumentales como *Historia y futuro de la teocracia*, y ante los obstáculos y dificultades encontrados, Soloviov fue abandonando paulatinamente su esperanza de lograr una reunificación de las confesiones cristianas y de establecer una teocracia universal. A fines de los años 80, en paralelo al abandono progresivo de su proyecto teocrático, comienza una importante actividad en el terreno de la estética y de la crítica literaria. Se tiene la impresión de que busca retomar aquella tarea pendiente que dejó en *Crítica de los principios abstractos*: la elaboración de una estética que estaba llamada a constituir, junto a su teoría del conocimiento y a su ética, un nuevo sistema religioso-filosófico. En este sentido destacan dos ensayos breves: *La belleza en la naturaleza* (1889) y *El sentido general del arte* (1890), que se complementan con una serie de artículos de crítica literaria, siendo probablemente los más representativos los incluidos en la presente selección: *Sobre la poesía lírica*, *La poesía de F. I. Tiútchev*, *La poesía del conde A. K. Tolstói*, *El destino de Pushkin*, *El significado de la poesía en los versos de Pushkin*. A través de estos artículos, junto al análisis de la obra de algunos de los poetas más destacados del siglo XIX en Rusia, Soloviov perfila los rasgos de sus ideas sobre el arte, el artista y el proceso de creación.

Los dos últimos artículos aquí traducidos, *Lérmontov y La idea del superhombre* –escritos ambos en 1899 y a menos de un año de su muerte–, fueron redactados en un momento vital en el que el optimismo histórico de Soloviov parece haber sido empañado por un sentimiento apocalíptico que, en el terreno de la estética, se manifiesta como una preocupación creciente por la posibilidad de falsificación de la belleza, de separarla radicalmente del bien y de la verdad, para dar lugar a la creación de «las tentaciones más peligrosas», entre las que destaca la idea del superhombre de Nietzsche.

Estos dos últimos artículos, que coinciden parcialmente en su contenido, son importantes además porque, junto a algún

otro texto que Soloviov dedica a Nietzsche, contribuyeron de manera esencial, aunque no exclusiva, a canalizar en Rusia una lectura un tanto anómala del filósofo alemán, pues se verá a Nietzsche, ante todo, como un pensador religioso. Esta lectura es la que favorecieron los llamados «buscadores de Dios» (*bogoiskateli*), uno de los fenómenos culturales más interesantes del Siglo de Plata ruso. En absoluto se trataba de una escuela homogénea, puesto que incluía tanto a pensadores como Berdiáev, Bulgákov o Frank, como a escritores y poetas simbolistas como Andréi Belyi o Viacheslav Ivanov, pero todos ellos perseguían un mismo propósito: la búsqueda de una nueva forma de entender el cristianismo, la transformación espiritual y psicológica frente a la ingeniería social de la *intelligentsia* radical del momento. Contra el materialismo y el ateísmo que caracterizaba a los radicales rusos de la época, los *bogoiskateli* pensaron que la solución a los problemas sociales y culturales de Rusia pasaba por una previa reorientación del pensamiento gracias a una revitalización del sentimiento religioso (cristiano). La creativa lectura que hicieron de Nietzsche, que se puede calificar de atípica o anómala, reconfigura ciertos aspectos de su pensamiento. Ciertamente, la lectura que hicieron estos autores estaba condicionada en gran medida por la interpretación de Soloviov, de modo que tendía a eliminar aspectos anticristianos y a ver en su visión del mundo una profecía.

Nota sobre la traducción de los poemas. En muchos de los artículos aquí reunidos, Soloviov cita constantemente, incluso con profusión, fragmentos o poemas completos de los autores en cuya obra ve una ejemplificación de las cuestiones teóricas que desarrolla. Para la mayoría de esos poemas no existe versión castellana, por lo que la traducción que se ofrece, salvo que se indique lo contrario, es nuestra. Conviene señalar que en estas traducciones hemos dado prioridad a la transmisión del contenido sobre la forma y que las traducciones aquí ofrecidas están lejos de hacer justicia a la grandeza de los poetas citados y a la belleza de sus composiciones.